

*Comentarios  
sobre la guerra de  
África*



*Cayo Julio César*

«Comentarios sobre la guerra de África» es un libro que forma parte del corpus cesariano. Su autoría es controvertida, aunque hay acuerdo entre los estudiosos de que Julio César no fue su autor total, aunque hay controversia en cuanto a cuánto de dicho texto es suyo. Detalla las campañas de César contra sus enemigos republicanos en la provincia de África.

La obra fue publicada el 50 a. C. o el 40 a. C.

## Libro I

I. Por sus marchas contadas, sin intermisión alguna, llegó César a Lilibeo a 19 de diciembre; y desde luego manifestó su deseo de embarcarse, no teniendo más que una legión recién levantada y apenas seiscientos caballos. Puso su tienda junto a la misma orilla del mar, de suerte que casi la batían las olas, y esto con el fin de que nadie esperase detención y todo el mundo estuviese pronto cada día y a cada hora para la salida. No logró en aquellos días buen tiempo para hacerse a la vela, pero, sin embargo, tenía las tropas y remeros a bordo, por no perder cualquiera ocasión de hacerse a la mar; especialmente porque le avisaban de la provincia, que eran muchas las tropas de los enemigos, infinita la gente de a caballo, cuatro legiones del rey Juba, gran multitud de tropa ligera, diez legiones de Escipión, ciento veinte elefantes, y armadas muy numerosas. Mas no por eso se acobardaba, superior a todo con su valor y confianza. Entre tanto, se acrecentaba cada día el número de galeas, acudían muchas naves de transporte y venían a incorporársele más legiones de soldados bisoños, y entre ellas la quinta veterana y dos mil caballos.

II. Juntas, pues, seis legiones y dos mil hombres de a caballo, conforme iban llegando las tropas las hacía embarcar en las galeras, y la caballería en los transportes. Dio orden de que se adelantase la mejor parte de la escuadra, y tomase el rumbo de la isla Aponiana, que no está lejos de

Lilibeo. Él se detuvo todavía algunos días y vendió en pública almoneda los bienes de algunos particulares. Comunicó después las instrucciones convenientes al pretor Alieno, que gobernaba la Sicilia, y encargándole que embarcase con prontitud el resto del ejército, se hizo a la vela el 27 de diciembre y tardó poco en alcanzar la primera división de su escuadra. Llevando buen viento y una nave muy ligera, llegó a los cuatro días a la vista de África con algunas galeas; pues las naves de carga, a excepción de muy pocas, arribaron dispersas y errantes por el temporal a diversos parajes. Pasó con su escuadra a la vista de Clupea, de Neápolis, y de otros muchos pueblos y castillos situados en la orilla del mar.

III. Habiendo llegado a Mahometa, que estaba ocupada con guarnición enemiga bajo el mando de C. Considio, se alcanzó a ver desde Clupea a lo largo de la costa a Cn. Píson con la caballería de la plaza y cerca de tres mil moros. César se detuvo algún tanto a la entrada del puerto por esperar el resto de la escuadra, y al cabo desembarcó su ejército, que constaba por entonces de tres mil infantes y ciento cincuenta caballos. Acampó delante de la ciudad, se fortificó sin oposición alguna y prohibió absolutamente que nadie saliese a robar ni talar la tierra. Los de la ciudad, coronaron de gente la muralla y acudieron en gran número a las puertas para defenderse, teniendo dos legiones dentro de la plaza. Salió César a dar la vuelta a caballo, y reconocida la naturaleza del sitio, se volvió a los reales. No faltó quien atribuyese a culpa e imprudencia suya el no haber señalado a los pilotos y capitanes lugar determinado adonde dirigirse, ni dádoles órdenes cerradas, como solía en otras ocasiones, para que abriéndolas a cierta altura, siguiesen todos un mismo rumbo. No se le pasó esto a César, sino que sospechaba que ningún puerto de África adonde arribasen sus naves estaría seguro y libre de las guarnicio-

nes enemigas, y así quería que aprovecharan la ocasión que se presentase de saltar en tierra.

IV. Entre tanto le pidió permiso su lugarteniente L. Planeo para entrevistarse con Considio, por si se le podía traer a la razón por algún camino. Obtenida licencia, le escribió una carta y se la entregó a un esclavo, para que la llevase a la ciudad a manos de Considio. Apenas llegó el esclavo y alargó la carta como se le había mandado a Considio, le preguntó éste, antes de recibirla, de parte de quién venía. Respondió el cautivo: «De parte del capitán general César, —a lo que replicó Considio—: El único general del Pueblo Romano es al presente Escipión». Dicho esto, mandó dar muerte al esclavo a su presencia y sin leer la carta, cerrada como estaba, se la entregó a persona segura para que la llevase a manos de Escipión.

V. Después que, consumido un día y una noche delante de la ciudad, ni Considio daba respuesta alguna, ni llegaban a incorporársele las demás tropas, ni tenía bastante caballería, ni suficientes fuerzas para atacar la plaza, y las tropas con que se hallaba eran bisoñas, a las cuales no quería exponer acabadas de llegar, a que fuesen maltratadas; siendo por otra parte considerable la fortificación de la ciudad, y difícil la entrada para combatirla, y habiendo tenido noticia de que venía en su socorro un número considerable de gente de a caballo, no tuvo por conveniente pararse a combatir la plaza, no fuese que, en tanto, se viese cercado por la espalda por la caballería enemiga.

VI. Al levantar el campo hicieron de repente una salida de la plaza, y al mismo tiempo vino a socorrerles casualmente la caballería que enviaba el rey Juba a recibir su

sueldo; se apoderaron de los reales de donde acababa de salir César y empezaron a perseguir su retaguardia. A vista de esto hicieron alto los legionarios, y aunque los caballos eran pocos, hicieron frente con grande ánimo a tanta multitud. Parecerá increíble lo que sucedió, que menos de treinta caballos franceses desalojasen a dos mil moros y los retirasen hasta la ciudad. Como fueron rechazados y forzados hasta dentro de sus reparos, prosiguió César la marcha comenzada. Mas como hiciesen lo mismo frecuentemente, y unas veces persiguiesen a los nuestros y otras fuesen rechazados por los caballos hasta la ciudad, colocó César en la retaguardia algunas de las cohortes veteranas con que se hallaba y parte de la caballería, y empezó a marchar tranquilamente con las restantes. Así cuanto más se alejaba de la plaza, menos ardimiento mostraban los númidas para perseguirle. Sobre la marcha vinieron a presentársele las diputaciones de las ciudades y castillos inmediatos, ofreciéndole víveres, y estar prontos a recibir sus órdenes en todo. Así este mismo día, que era el primero de enero, acampó cerca de Mahadia.

VIL Desde aquí pasó a Lebeda, ciudad libre e independiente, de la que le salieron a recibir diputados, prometiéndole hacer lo que les mandase de buena voluntad. Él mandó posar a las puertas guardias y centuriones, para que ningún soldado entrase en la plaza, ni se hiciese daño alguno a los habitantes, y acampó no lejos de la ciudad sobre la orilla del mar. Aquí arribaron casualmente algunos de sus transportes y galeras, y tuvo noticia que las demás, no sabiendo donde había él arribado, parecía que se dirigían a Útica. Con este aviso no se apartaba del mar, ni entraba tierra adentro por la dispersión de sus naves, ni aun permitió que desembarcase la caballería, a lo que creo, porque no se talase la campaña, y allí mismo les mandaba llevar el agua. Algunos de sus remeros, que saltaron en tierra para

hacer aguada, fueron sorprendidos de repente por la caballería de los moros, sin que pensasen en ello los cesarianos. Muchos de ellos fueron heridos con flechas y algunos mataron, porque se ocultan con los caballos emboscados en los valles, de donde salen de repente, pero sin ser parte para venir a las manos en campo raso.

VIII. En este intermedio despachó César mensajeros con cartas a Cerdeña y a las demás provincias inmediatas, para que luego que recibiesen sus cartas, procurasen enviarle tropas y víveres, y habiendo desocupado parte de las galeras, envió a Rabino Postumo a Sicilia, para que condujese otro segundo convoy. Al mismo tiempo destacó diez galeras, que saliesen en busca de las restantes naves de carga que se habían dispersado y también para asegurar el paso libre del mar. Dio orden igualmente al pretor C. Salustio Crispo de partir con otra división hacia la isla de Cercara, de que estaban apoderados los enemigos, y donde tenía noticia de que había una gran porción de trigo. Esto mandaba y encargaba a cada uno de tal manera, que si fuese posible ni hubiese lugar a excusa alguna, ni la tergiversación ocasionase la menor tardanza. Entre tanto, informado por los desertores y naturales de las gravosas condiciones con que Escipión y los demás hacían la guerra, se compadecía, al ver obligado a Escipión a mantener a su costa en la provincia la caballería del rey Juba, de que hubiese hombres tan inconsiderados que prefiriesen ser tributarios de un rey al vivir con descanso en su patria, en sus haciendas y entre los suyos.

IX. A los tres días del mes de enero levantó César el campo y dejando en Lebeda seis cohortes de guarnición al mando de Saserna, se volvió con el resto de las tropas a Mahadia, de donde antes había salido. Dejó aquí el equi-

paje del ejército y salió él mismo con un campo volante a buscar trigo en los pueblos inmediatos, dando orden a los vecinos de Mahadia de que le siguiesen con carros y caballerías. Hallada abundante provisión, se restituyó a la ciudad, lo cual creo que hizo para no dejar a sus espaldas ciudades marítimas exhaustas y para que hallase la armada estas acogidas aseguradas con guarniciones.

X. Con este designio, dejando aquí a P. Saserna, hermano del que había quedado en la inmediata ciudad de Lebeda, con una legión, y encargándole que hiciese conducir mucha porción de leña a la ciudad, partió con siete cohortes de las tropas veteranas, que habían servido en la escuadra con Sulpicio y Vatinio, y llegando a un puerto que distaba dos millas de la ciudad, se embarcó con su tropa a la caída de la tarde, ignorantes todos los del ejército e inquiriendo su designio. Tomóles a todos un gran sobresalto y pesadumbre, viéndose expuestos en el África con una pequeña tropa, y esa bisoña, y aún no desembarcada toda, contra numerosos ejércitos, en medio de una gente pérfida, y de innumerables tropas de a caballo, sin esperar por entonces auxilio ni consuelo alguno en el consejo de los suyos, sino sólo en el semblante, en el espíritu y alegría del General, que manifestaba siempre su grande ánimo y confianza. Con él se aquietaban todos, esperando que nada habría difícil para ellos, conducidos por su sabiduría y experiencia.

XI. Después de haber pasado la noche en las naves, se preparaba César para partir al amanecer, cuando de improviso parte de aquellas que le daban más cuidado venían por casualidad hacia la misma costa. Visto esto, mandó que todos los suyos saltasen en tierra y que armados en la ribera, esperasen a los demás soldados que iban llegando. Así



recibiendo sin tardanza aquellas naves dentro del puerto, se restituyó otra vez a Mahadia con toda su infantería y caballería, y sentado aquí su real, partió en busca de trigo con treinta cohortes a la ligera. Por esto se conoció que había sido su designio salir con la escuadra a dar socorro a las naves de carga dispersas, sin que lo supiesen los enemigos, para que no cayesen casualmente descuidadas en manos de la armada contraria. Y esto lo había querido ocultar a sus tropas, que quedaban en las guarniciones, temiendo no se desanimasen por su corto número y la multitud de los enemigos.

XII. Estando ya cerca de tres millas distante de sus reales le avisaron sus espías y corredores, que habían alcanzado a ver no lejos las tropas de los enemigos, y con efecto se empezó a distinguir casi al mismo tiempo una gran polvareda. En vista de esto mandó César que se juntase al instante toda la caballería, de que se halló entonces con bien corto número, y los pocos flecheros que había sacado de los reales, y que le siguiesen muy despacio las legiones formadas en batalla, y él tomó la delantera con una pequeña tropa. Ya que se podía distinguir a lo lejos al enemigo, dio orden de que se pusiesen los yelmos y se previniesen para la batalla. Entre todas sus tropas componían treinta cohortes, con cuatrocientos caballos y algunos flecheros.

XIII. Los enemigos, mandados por Labieno y los dos Pacidios, formaron un frente muy dilatado, compuesto, no de infantería, sino de caballería, mezclados con ella húmedos armados a la ligera y flecheros a pie. Era tan espesa la formación, que a lo lejos los tuvieron los nuestros por un grueso de infantería; además habían cubierto las alas a derecha e izquierda con considerable número de gente de a caballo. César formó su ejército en una sola línea, según podía

con su poca gente, puso delante del centro a los flecheros y a los lados los caballos, encargándoles mucho cuidasen no ser cercados por la multitud de la caballería enemiga, pues juzgaba que iba a pelear contra la infantería.

XIV. Unos y otros estaban en expectativa. César no hacía movimiento alguno, conociendo que con tan corto número y contra tan grandes fuerzas le era preciso pelear más con el artificio que con las fuerzas. En esto empezó a extenderse de repente la caballería enemiga, tomando las alturas para inutilizar la de César y prepararse al mismo tiempo para cercarla. Con dificultad se sostenía la caballería de César contra tanta multitud. Disponíanse los dos centros a embestirse, cuando salieron corriendo de improviso de su apretada línea los númidas, armados a la ligera, junto con los caballeros y dieron sus descargas a nuestros legionarios. Cargaron éstos sobre ellos, y entonces se retiraban los caballos, haciendo frente la infantería, mientras que, renovando los caballos la carrera, acudían a su socorro.

XV. Conociendo César que en este nuevo género de pelea, al correr sus soldados detrás de los enemigos, perdían su formación (porque mientras la infantería perseguía a los caballos lejos de las banderas, descubría el flanco al tiro de los númidas inmediatos, y la caballería enemiga, dando a correr, escapaba fácilmente de las flechas de los nuestros), mandó publicar por todas las filas que ningún soldado se adelantase más de cuatro pies de las banderas. La caballería de Labieno, fiado en su multitud, intentó cercar el corto número de César. Éstos, viéndose pocos, cansados de resistir a tantos enemigos y heridos los caballos, empezaron a ceder algún tanto y los contrarios a cargarlos más y más. Así que, rodeados en un instante todos los legionarios por

la caballería enemiga y reducidos a un pelotón, se veían en precisión de pelear todos dentro de aquel estrecho.

XVI. Andaba Labieno a caballo, con la cabeza descubierta, en la primera fila, unas veces exhortando a los suyos, y hablando otras con los legionarios de César de esta manera: «¿Qué es esto, soldados bisoños? ¿Qué fieros estáis! ¿También os ha infatuado ése con sus vanas palabras? Por cierto que os ha traído a un grande peligro. Me compadezco de vosotros. —Entonces, tomando la palabra uno de nuestros soldados, le dijo—: No soy novicio, Labieno, sino veterano de la décima legión». Replicóle Labieno: «No conozco las banderas de los decumanos. —A lo que volvió el soldado diciendo—: Pues ahora me conocerás a mí». Y al mismo tiempo se quitó el yelmo para que pudiera conocerle y en este ademán lanzó un dardo con gran fuerza, que errando a Labieno, se entró buena pieza por los pechos de su caballo. Entonces le dijo: «Mira, Labieno, cómo es soldado decumano el que te hiere». Con todo, desmayaban los ánimos, y en particular los de los soldados bisoños, puestos los ojos en César, y sin hacer otra cosa que evitar los dardos enemigos.

XVII. César, que penetraba sus designios, mandó extender la frente de su ejército lo más que se pudiese, y que las cohortes diesen un cuarto de conversión, para cargar al enemigo una después de otra. Así dividió por medio la corona de los enemigos a derecha e izquierda, y acometiendo con la infantería y caballería a la una parte separada de la otra, la desbarató con los dardos y la puso en fuga; y no atreviéndose a seguir el alcance por temor de alguna emboscada se volvió a los suyos; la otra parte de infantería y caballería de César hizo lo mismo. Con este buen suceso,

rechazados bien lejos, y muy heridos los enemigos, se retiró a sus reparos en la misma formación.

XVIII. A este tiempo llegaron a socorrer a Labieno M. Petreyo y Cn. Pisón con mil y cien caballos escogidos de los númidas y un grueso considerable de infantería de la misma nación. Recobrados aquéllos de su terror con este refuerzo y renovados sus alientos, revolvieron los caballos sobre los legionarios de la retaguardia, que se iba retirando, y empezaron a estorbarles la vuelta de los reales. Advertido esto, mandó César hacer alto a su gente y renovar la batalla en medio del llano. Peleaban los enemigos del mismo modo que antes, sin acabar de venir a las manos. La caballería de César, fatigada del viaje por mar, de sed, de descaecimiento, del corto número y de las heridas, estaba casi inútil para perseguirlos y perseverar en la carrera; además, quedaba ya muy poca parte del día. Así que, dando César una vuelta a las cohortes y a la caballería, mandó que saliesen todos a un tiempo contra los enemigos y no parasen hasta rechazarlos de la otra parte de los últimos cerros y quedar señores de ellos. Hecha la señal cuando ya los enemigos daban sus descargas con menos esfuerzo y más descuido, echó sobre ellos de repente sus cohortes y escuadrones de a caballo. Desalojaron éstos en un instante de la campaña a los enemigos con poca dificultad, los persiguieron hasta de la otra parte de los collados, donde hallando puesto conveniente, se detuvieron un rato para repararse, y se volvieron retirando formados como estaban a sus fortificaciones, y asimismo los contrarios muy maltratados, se fueron recogiendo al cabo a las suyas.

XIX. Después de esta refriega vinieron muchos desertores del campo prisioneros de a pie y de a caballo. Se supo de éstos que el designio de los contrarios había sido des-

baratar con aquel nuevo y nunca usado género de pelea a los soldados bisoños y pocos legionarios, y acabar con ellos cercándolos, a ejemplo de los de Curión, con la caballería; y que había dicho Labieno en una junta, que suministraría a los contrarios tantos refuerzos, que aun venciendo, cansados de vencer, quedarían desbaratados por los suyos, como quien ponía su confianza en la multitud, y esto por varias razones: Lo primero, porque le habían dicho que las tropas veteranas estaban en Roma divididas en facciones, y no querían pasar al África; lo segundo, porque con la costumbre de tres años, que tenía bajo su mando aquellas tropas en provincia, contaba de seguro con su fidelidad, y además por el gran número de caballería e infantería ligera de númeradas auxiliares con que se hallaba. Tenía también caballos alemanes y franceses, que habían llevado consigo de Brindis, recogidos de la derrota de Pompeyo, y otros levantados allí mismo de criollos, libertinos y siervos, a quienes había armado y enseñado a manejar con freno los caballos. Añadíanse a todas estas tropas las auxiliares del rey Juba, ciento veinte elefantes, innumerables tropas de caballería y legiones alistadas de toda especie de gente, que componían más de doce mil hombres. Lleno Labieno de esperanza y atrevimiento, al frente de mil seiscientos caballos alemanes y franceses, de ocho mil númeradas, de los que no usaban de frenos, de otros mil cien caballos que le envió Petreyo, de un cuerpo cuatro veces doble de infantería, de muchísimos honderos y flecheros de a pie y de a caballo, vino a atacar a César en campo raso, el 4 de enero, a los cuatro días de haber llegado al África. Peleóse desde las once de la mañana hasta después de puesto el Sol. Petreyo, herido gravemente, se vio precisado a retirarse del campo de batalla.

XX. Entre tanto, fortificaba César su campo con mayor diligencia, aseguraba los fuertes con más tropas y trabajaba

dos trincheras al mismo tiempo: una desde Mahadia hasta el mar, y otra desde su campo también al mar, para poderlas comunicar entre sí fácilmente y recibir con más seguridad los refuerzos que le viniesen. Hacía conducir las armas y máquinas desde las naves a los reales, armaba y mandaba venir al campo los marineros y remeros franceses y rodios, para ver si podía mezclar, como los enemigos, tropas ligeras entre la caballería, y acrecentaba el ejército con muchos flecheros de las naves de Siria y Palestina. Porque tenía noticia que dentro de tres días después de aquella batalla llegaría Escipión e incorporaría sus tropas con las de Petreyo y Afranio, que decían ser hasta ocho legiones y cuatro mil caballos. Asimismo hacía fabricar talleres para hacer armas, cuidaba de que se fabricasen dardos y flechas, fundía balas, preparaba chuzos, despachaba mensajeros y cartas a Sicilia para que le enviasen materiales para arietes, de que había escasez en África, y además prevención de hierro y plomo. Tampoco se olvidaba que en África no podía tener trigo sino de transporte, porque el año anterior, por las levadas de los contrarios, que sacaron los labradores para la milicia, no había habido cosecha, y además habían retirado el trigo de toda la provincia a pocas plazas, y éstas bien fortificadas, dejando exhausta y destruida toda la tierra. A esto se añadía el arruinar y poner por el suelo todas las ciudades, a excepción de las pocas que podían mantener con sus guarniciones, obligando a los naturales a pasarse a vivir a sus presidios, con que estaban taladas y abrasadas todas las campiñas.

XXI. Reducido César a esta escasez, había podido juntar en sus reales alguna porción de trigo, solicitando y halagando a varios particulares, el cual administraba con mucha economía. Entre tanto visitaba diariamente sus reparos, alternando las guardias con las cohortes, por la multitud de los contrarios. Labieno mandó que todos los heridos de su

campo, que eran muchísimos, fuesen conducidos en carros a Mahometa. Andaban entre tanto perdidas malamente las naves de carga de César e inciertas del paraje donde estaba acampado su general, y habiéndolas atacado separadamente las lanchas de la escuadra enemiga, unas habían incendiado y otras regresado. Informado César de esto, dispuso varios cruceros con su escuadra cerca de las islas y puertos, para asegurar sus convoyes.

XXII. Marco Catón, que tenía a su cargo la ciudad de Útica, no cesaba de solicitar y apremiar continuamente a Cn. Pompeyo el mozo: «Tu padre, le decía, a la edad que tú tienes, viendo oprimida la República por malos y atrevidos ciudadanos y que los hombres de bien, o eran muertos, o desterrados carecían de la ciudad y la patria, animado del deseo de gloria y de su grande espíritu, siendo un mero particular, recogió las reliquias del ejército de su padre y restituyó la libertad a Italia y a la ciudad de Roma oprimidas y casi enteramente arruinadas; y con increíble prontitud recobró por armas la Sicilia, el África, la Numidia y la Mauritania, con cuyas hazañas adquirió aquella reputación tan esclarecida y famosa en todas las naciones. De muy corta edad y siendo sólo un caballero romano, mereció la gloria del triunfo. Y él entró en el gobierno de la República sin tener que sostener ni los esclarecidos hechos de su padre, ni una sobresaliente dignidad de tus antepasados. Tú, al contrario, que gozas de la reputación y dignidad de tu padre, y que por ti mismo eres dotado de suficiente espíritu y actividad, ¿no te esforzarás y saldrás a pedir a los amigos de tu padre que tomen a su cargo tu propia defensa, la de la República y la de todos los buenos?».

XXIII. Movidó el joven con estas instancias de un varón tan grave, partió de Útica la vuelta de Mauritania con hasta